

Dominique de Courcelles

*Escribir la historia, escribir historias
en el mundo hispánico*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

398 p.

(Teoría e Historia de la Historiografía, 9)

ISBN 978-607-02-0661-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de mayo de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escibirhistoria/hispanico.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

Introducción

¿Que es la historia? He aquí una vieja pregunta que aún permanece sin respuesta. ¿Cómo tomaron conciencia los historiadores de la singularidad de su acto de escribir? En un libro que ya es clásico titulado *Comment on écrit l'histoire*, Paul Veyne observa que la respuesta “no ha cambiado desde que los sucesores de Aristóteles la encontraron hace dos mil doscientos años: los historiadores narran acontecimientos verdaderos en los que el actor principal es el hombre”.¹ Por lo tanto a Veyne le interesan los historiadores sobre todo cuando creen que hacen otra cosa, cuando no se presentan como historiadores. Siempre hay una distancia entre lo que uno dice que se propone hacer y lo que hace realmente. Lo que permite apreciar esta distancia y entender los procesos y los resultados es el análisis de las configuraciones de los conocimientos, de las coyunturas intelectuales y políticas de tal o cual texto, de las posiciones de las palabras de quienes escriben. Ya en la Antigüedad, según recuerda François Hartog, mientras que, en el prefacio de *Arqueología*, Tucídides se empeña en demostrar que no se puede escribir una historia verdadera de la Grecia arcaica, la suya resulta ser, dentro de la misma tendencia, el intento mejor logrado para proponer una historia verdadera.² Por esta razón la escritura de la historia está ligada a la verdad.

Toda obra sobre la escritura de la historia, según lo asevera Michel de Certeau en *L'écriture de l'histoire*, consiste en el estudio de la misma como una “práctica histórica”. El enunciado de los acontecimientos verdaderos tiende en efecto a asumir todas las modulaciones, todas las aventuras históricas de un individuo o de un grupo mientras que el relato puede abandonar su función meramente histórica, su tiempo fundamental que es el tiempo del acontecimiento externo al narrador para transmitir en el presente de narración algo que pertenece al orden de la estética, de la ética o de la política. En esta práctica hay etapas no solamente cronológicas sino también tópicas. Existen diferentes enfoques que dependen de las particularidades de cada campo y de cada disciplina: antropológicos, teológicos, etcétera. En la península ibérica, donde individuos y sociedades hubieron de forjar su identidad

¹ Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire*, París, Le Seuil, 1971, p. 10.

² François Hartog, *L'histoire d'Homère à Augustin*, París, Le Seuil, 1999, p. 12.

los unos respecto de los otros al principio confrontándose y más tarde descubriendo mundos y hombres nuevos, la labor de la historia se creó también y quizá principalmente mediante la incesante evolución de las referencias y de sus representaciones. La “práctica” de la escritura de la historia es de la incumbencia de la investigación, siempre repetida, de una posible interpretación del presente.

Desde la historia de la Hispania visigoda — heredera del romanismo en la península ibérica — hasta la historia de la Nueva España — virreinato del imperio español —, desde la historia de la Reconquista hasta la del descubrimiento y de la Conquista de México-Tenochtitlan, desde la historia de España hasta la historia de uno mismo, es en sí la experiencia del enfrentamiento con el otro, que puede llamarse seducción, persuasión, guerra, condena o salvación. Es decir, la experiencia humana en todos sus aspectos, tanto políticos como ideológicos o teológicos y estéticos, es el meollo de la escritura de la historia, de la “práctica histórica” y por ello es el objetivo de nuestro estudio. Hay condiciones y prácticas específicas de idioma y de lenguaje que contribuyeron a la estructuración de una conciencia y de una expresión moderna, de un sujeto dotado de libertad y apto para el debate durante el imperio español de la primera modernidad y dentro de una visión religiosa y cristiana del mundo. Hay lindes que estructuraron la expresión y la conciencia de sí mismo, tornándolas posibles y que por lo mismo prepararon la subversión inminente del imperio español y de esta misma visión religiosa, cristiana del mundo. Examinar la escritura de la historia, de las historias, de sí mismo, en lo que llamaremos, en su conjunto, el mundo hispánico según los autores de la primera modernidad, habrá de llevarnos a formular varias reflexiones sobre los procedimientos utilizados en la elaboración de las identidades, la afirmación de uniones o de consensos, los gustos colectivos e individuales y, a veces, la subversión de cualquier autoridad. Los textos que decidimos presentar aquí son a la vez cercanos y remotos. En los análisis que proponemos, debemos discernir mejor la naturaleza de las tensiones, de las dudas y de las contradicciones que todavía rigen nuestra percepción de las relaciones entre culturas, de las opciones de los Estados, así como de los comportamientos de los grupos y de los individuos.

Los “acontecimientos verdaderos” que señalan los escritores son muy diversos y la verdad histórica llega a incluir la literatura de ficción. Por ello creímos indispensable tomar en cuenta, sin ninguna intención exhaustiva, textos destacados de la historiografía española así como textos pertenecientes a la ficción que abarcan el largo periodo que va desde fines de la Antigüedad hasta el Barroco. La *Historia de la historiografía española* — coordinada por el historiador José Andrés-Gallego en

1999— sigue siendo un trabajo excepcional en España como “síntesis del quehacer de los historiadores de España a lo largo del tiempo”; como él mismo lo presenta, se trata ante todo de una enumeración, con muchas omisiones, de los historiadores y de los temas que llamaron su atención: la historia de una diócesis o de una orden religiosa, la historia de una ciudad o de una institución, la historia de un gran personaje, la historia económica, etcétera, tal como surgieron unos tras otros.³ Como ya dijimos, nuestra perspectiva es totalmente diferente. Siguiendo la línea escogida por Michel de Certeau, privilegiamos textos que constituyen el “lugar de la historia”, tal como él lo define, con una doble separación: la que instituye la escritura ya que la historia “hace hablar el cuerpo que calla” y la que existe desde Aristóteles entre el orden de la historia y el discurso literario, entre el singular y el plural de la palabra, entre la historia y las historias.⁴ “La historiografía occidental lucha en contra de la ficción”, también lo señala Michel de Certeau. El orden de la literatura siempre regresa a la historiografía y, probablemente, es en los márgenes donde mejor se manifiesta la operación historiadora.⁵ Podemos añadir que hacemos historia con el mito, con la imagen, con la bibliografía, incluso con nosotros mismos, a fin de ocultar mejor los objetivos innovadores, subversivos a veces, utópicos, del quehacer de la historia. ¿Sería entonces, la historia, una consecuencia?

La historiografía vincula dos términos: lo real y el discurso sobre lo real. ¿Cuál es la manera de “hacer historia”? ¿Cómo se diferencia el presente del pasado? ¿Cuál es el sujeto de la escritura de la historia? La historia, las historias que ocurrieron y que atañen al historiador ¿se prestan a un conocimiento de la verdad según los propósitos y las reglas del pensamiento objetivo? La manera como nace y renace la historia atestigua que ésta procede siempre de la rectificación del acomodo del pasado. Un historiador considera importante en un cierto momento de la historia, de su historia, escribir la historia y así darla a conocer. Marc Bloch llamó “observación” cualquier acercamiento del

³ Los coautores de *Historia de la historiografía española* (coordinación de José Andrés-Gallego, Madrid, Encuentro, 1999, 338 p.) que son, además de José Andrés-Gallego, los historiadores José María Blázquez, para la época antigua; Emilio Mitre, para la Edad Media; Fernando Sánchez Marcos, para la época moderna, y José Manuel Cuenca Toribio, para la época contemporánea, se interesan en la relación entre las opciones temáticas y las ideologías de los historiadores, sobre todo a partir del siglo XVIII, de las épocas que ellos mismos investigan. No proporcionan cita ni tampoco análisis específico de los textos mencionados. No hacen ninguna comparación con los textos de ficción, tampoco consideran la posibilidad de hacerlo.

⁴ Michel de Certeau, *L'écriture et l'histoire*, París, Gallimard, 1975, p. 9 y s.

⁵ Me permito señalar aquí mi artículo “À l’heure de quelques conclusions: l’heure s’écrit en marge”, en *L’histoire en marge de l’histoire à la Renaissance*, dirección de Dominique de Courcelles, París, Rue d’Ulm, 2002, p. 185-190.

historiador al pasado. Sin embargo, “observar” nunca significa registrar un acontecimiento bruto. Siempre se trata de reconstituir un hecho o más bien una sucesión de hechos a partir de documentos a los cuales se atribuye un significado y que nos permiten justificar un nuevo enfoque. ¿Cuál es la relación entre el hecho, los acontecimientos de la historia y la creación literaria en la península ibérica, y después en el mundo hispánico? ¿Cómo puede un hecho modificar la percepción de los acontecimientos? ¿Cómo ha sido modificada la escritura por resurgimientos desde Séneca hasta Cervantes? ¿Cómo transitan las figuras del pasado? ¿Cómo se establecen las reorganizaciones y las recontextualizaciones? Cada interpretación de la historia sigue siendo una labor arriesgada. Los historiadores de la Reconquista de la península ibérica o de la Conquista del Nuevo Mundo instituyeron hechos históricos al inscribirlos en una temporalidad, reorganizaron, recontextualizaron y crearon eslabones. También los autores de ficciones, esas “historias fabulosas”, recontextualizaron situaciones históricas precisas, frecuentemente inenarrables. De la misma manera, para darlas a conocer, los que escribieron las historias del mundo buscaron relaciones entre los fenómenos que habían vislumbrado. En cuanto a la confesión o autobiografía, que se multiplica en la misma época, ésta no dejó de llevar la huella de eventos —o del conjunto de ellos— que la hicieron posible, designó la negociación de las ineluctables heridas y también restauró la percepción de la continuidad.

En consecuencia la escritura de la historia en el mundo hispánico de la Edad Media y de la primera modernidad hasta la época barroca es una respuesta a los angustiosos desgarramientos de la aparente linealidad del tiempo, a la angustiada fluctuación e imposibilidad de representar el mundo a través de la historia o de las historias y la selección de un cierto conocimiento, a través de una selección de la comprensión de sí mismo y de los otros y mediante un afán de encontrar una explicación racional, lo que Marc Bloch llamaba “una labor razonada de análisis”. Los enfrentamientos o rupturas sucesivos de la historia del mundo hispánico —ya que la Reconquista contra los moros está ligada a la constitución de una unidad nacional mientras que la Conquista está ligada a la constitución de un imperio con miras mundialistas y universalistas— contribuyeron a dar a la escritura de la historia en el mundo hispánico sus más originales y sobresalientes características. De esa manera, se vuelven tal vez más manifiestos los problemas y las ilusiones de nuestra propia historia y, también, más comprensibles las inconformidades y las desdichas que flagelan nuestro mundo.